

dejar el mundo, y se preocupaba por ello. «Valor, hija
»mia, le escribe el santo Obispo, siempre lleno de con-
»fianza en Dios; veo, es cierto, grandes dificultades para
»la ejecucion, y no sé cómo allanarlas; pero estoy seguro
»de que la divina Providencia lo hará por medios desco-
»nocidos á las criaturas..... No nos desalentemos con las
»tempestades que se presentan. Si Dios las quiere, las quer-
»remos tambien, y su providencia nos conducirá al puer-
»to. El mundo hablará, pero todo eso es nada para quien
»ve el mundo solo para despreciarlo, y el tiempo para al-
»canzar la eternidad. ¿Quién hizo nunca el bien sin ser
»contradecido por el mundo? (1)

Alentada con estos consejos, la Señora de Chantal se ocupaba en paz de la educacion de la señorita de Sales, á la que instruía juntamente con sus hijas, cuando tuvo el dolor de ver caer enferma á esta jóven y espirar poco despues en sus brazos. A la vista de este cuerpo inanimado y recordando la proposicion que le habia hecho la Señora de Boisy de casar su hija mayor con el baron de Thorens, se sintió impulsada interiormente á hacer voto de terminar este enlace, para indemnizar á la Señora de Boisy de una pérdida tan sensible. «Poniéndome de rodillas, dice, para
»pronunciar este voto, la Divina bondad me consoló, y me
»hizo ver que era el medio que su providencia habia esco-
»gido para facilitar mi retirada á Saboya.» Propuso esta alianza á su padre, el presidente Fremiot, el cual opuso al principio muchas dificultades, pues amaba tiernamente á su nieta, y le era muy duro separarse de ella y verla salir fuera de Francia; pero luego, considerando el grande honor que sería para su casa unirse con la de un santo se rindió á los deseos de su hija, y quiso escribir él mismo al Obispo de Ginebra.

«Es preciso que os confiese, Monseñor, le escribe, que
»solo las fuerzas que Dios ha dado á la Señora de Chan-
»tal han podido sacar á esta querida niña de mis rodillas,

(1) Cartas CLVI y CXX.

»de mis brazos y de delante de mis ojos.» El ejemplo del presidente determinó al abuelo y á los parientes del padre de la señorita de Chantal á consentir igualmente en este casamiento, y ya no se trató mas que del tiempo en que habia de verificarse.

Pero en el momento en que todo se preparaba bien para el nacimiento del nuevo instituto, parecia que todo se iba á trastornar y venir á tierra. Enrique IV intentó, como ya hemos dicho, arrancar al Obispo de Ginebra de Saboya y fijarle en Francia.

El santo prelado, que no tenia nada oculto para la Señora de Chantal, no pudo callarle esto, y es facil concebir cuánto la desconcertó esta noticia. «No os turbeis, le con-
»testó Francisco, pues no se hará nada sino queriéndolo
»Dios. Siento repugnancia á cambiar de pais, aunque no
»me siento asido sino á algunas almas con un lazo pura-
»mente espiritual, gracias á Dios; pero Dios lo dispondrá
»todo con sus manos, y mi alma no tiene otro lugar de
»retiro sino su amabilísima providencia.» (1)

Lo que tanto temia la Señora de Chantal no sucedió, y pudo obtener el consentimiento de su padre y de su suegro para ir á Annecy á pasar la Cuaresma de 1609 con sus dos hijas, motivando esta ausencia en la necesidad de terminar el contrato de matrimonio de la mayor, prometida al baron de Thorens. Durante todo este tiempo, confirió con el Obispo sobre el próximo establecimiento de su congregacion; oyó todos los sermones que predicó en la Catedral, asistió todos los dias á todo el Oficio Divino, visitó á los pobres, y fue para toda la ciudad un grande ejemplo de edificacion.

«El Viernes Santo renovó sus votos con la fórmula si-
»guiente, escrita de su mano: «El dia de la muerte de mi
»Salvador, el año 1609, renuevo mis votos con un nuevo é
»incomparable afecto, queriendo para siempre morir á mí
»misma y á todas las cosas, para vivir en la obediencia de

(1) De Cambis, t. 2.º, p. 25.

»la divina voluntad, á la cual me consagro absolutamente y sin reserva, para obedecerla en la persona de Monseñor de Ginebra. Así mi Salvador me ayude y me reciba, como de todo mi corazón me entrego á él.»

La piadosa baronesa convino luego con el Obispo en que aprovecharía la primera ocasión favorable para obtener el consentimiento de su padre para entrar en religión, y después de las fiestas de Pascua volvió á Dijon, donde permaneció algún tiempo, espionando el momento de descubrir al Señor de Fremiot el designio que meditaba. Un día, que era el 25 de junio, mientras que todos habían ido á ver los fuegos de San Juan, encontrándose sola con su padre, empezó por decirle cuánto sufría educando á sus hijos en casa del anciano baron de Chantal, donde reinaba tan poco orden. «No os aflijais por eso, contestó este tierno padre: vuestra hija mayor va á casarse con el baron de Thorens; las dos menores están en edad de ser colocadas como pensionistas en algún convento, para el que indican tener vocación; y yo me encargo de vuestro hijo.—» ¡Oh! entonces, replicó la santa viuda, no desaprobareis que, aprovechando la libertad que me da esta feliz disposición, abandone el mundo para entrar en la religión, donde Dios me llama hace mucho tiempo.» A esta proposición inesperada, el venerable anciano, que tenía ya setenta y un años, sintió su alma profundamente conmovida, prorumpió en sollozos, y no pudo contener sus lágrimas. Para calmar tanto dolor, su querida hija se apresuró á decirle que esto no era aún más que un proyecto; que ella se lo comunicaba como al confidente de sus pensamientos, porque no quería tenerle nada oculto; pero que no podía, sin embargo, disimularle que Monseñor de Ginebra, con quien lo había consultado, consideraba este designio como inspiración del cielo. «Convengo, contestó el anciano, en que Monseñor de Ginebra tiene el espíritu de Dios, pero os ruego que no resolvais nada hasta que yo le haya hablado.—Os lo prometo con tanto gusto, replicó, cuanto que prefiero en esto atenerme á lo que

»decidais los dos, á seguir mis propios sentimientos.» La santa viuda partió luego para Monthelon, á donde el Obispo de Ginebra fué algunos meses después á bendecir el enlace de su hermano, el baron de Thorens, con la señorita de Chantal. Al día siguiente de la boda, el santo prelado, el Arzobispo de Bourges y Mr. Fremiot tuvieron una conferencia sobre este grave asunto; y durante la conferencia la señora de Chantal, postrada en oración, no cesó de encomendar el asunto á Dios con abundantes lágrimas. Llamada ante los jueces que iban á pronunciar sobre su porvenir, les espuso con claridad el piadoso designio que había concebido, el buen orden que había puesto en los negocios de sus hijos, que estaban libres de deudas y de pleitos, y por último la facilidad de educar á las dos menores á su lado, y aun de velar personalmente, si era necesario, por los intereses de su familia. A este lenguaje sereno y lleno de dignidad, ni el padre ni el hermano pudieron desconocer el Espíritu de Dios que residía en ella; y el Obispo, confirmando estas primeras impresiones, añadió que el proyecto no había sido concebido á la ligera, sino que lo había estudiado maduramente durante varios años, y lo había reconocido manifiestamente venido de Dios; que hubiera creído oponerse á la voluntad de Dios contrariándolo; que el Arzobispo y el Presidente debían reflexionar sobre ello; y que era peligroso oponerse á los designios que vienen del cielo: el señor de Fremiot y el Arzobispo su hijo no pudieron oponerse á él; rindieron las armas y dieron su consentimiento. El presidente se limitó á pedir que la primera casa del orden se estableciera en Dijon, y el Arzobispo en Bourges ó en Autun; pero la santa viuda contestó á estas proposiciones que debía ser en Annecy, tanto porque un instituto naciente tiene una necesidad diaria de las luces y consejos del fundador, como porque estando más próximo á Thorens podría ver más á menudo á su hija, y formarla para el gobierno de una gran casa. Se rindieron á estas razones; la partida de la Señora de Chantal para Annecy fué fijada para dentro de

dos meses, y se convino en que llevaría consigo á sus dos hijas menores para educarlas á su lado (1).

El anciano Baron de Chantal, que hasta entonces no habia demostrado apreciar mucho á su nuera, cuando supo esta determinacion lloró amargamente, y parecia inconsolable; mas la santa Baronesa se encargó de calmarlo, y lo logró felizmente.

Despues de haber conducido á tan feliz término el proyecto que habia sido el objeto principal de su viaje, Francisco ofició el domingo siguiente en Monthelon, dió la Comunión á una gran parte de de sus habitantes, y convirtió en un sermón que predicó á un joven libertino, el cual se hizo poco despues capuchino, y murió en olor de santidad. Recibió luego la visita de la Señorita de Brechard, joven de la nobleza del Nivernais, que habia dejado la orden del Carmelo, no pudiendo por su salud soportar sus rigores; y examinándola encontró en ella una virtud tan generosa, una caridad tan perfecta, una inspiracion tan poderosa de unirse á la Señora de Chantal, que no titubeó en decidir que, en los designios de Dios, debia ser una de las piedras fundamentales del edificio proyectado; y convino desde entonces con ella, en que al primer aviso se dirigiria al lugar que le fuese indicado. Despues partió para Annecy, donde se ocupó en prepararlo todo para inaugurar lo mas pronto posible la nueva orden.

El santo fundador creyó deber empezar bajo la forma mas modesta por modo de ensayo, y redactó en su consecuencia unas constituciones provisionales. «Empezamos, »dice (2), con la pobreza, porque nuestra congregacion »no pretenderá enriquecerse sino de buenas obras. He »aquí, para empezar, cuál será la clausura: ningun hombre entrará en la casa, sino en los casos permitidos en »los monasterios; las mujeres tampoco podrán entrar sino

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 99.

(2) Idem, *ibid.*, p. 102 y sig.

»con permiso del superior; y las hermanas solo saldrán »para el servicio de los enfermos pasado el año del noviciado. Cantarán el Oficio de la Santísima Virgen, para »tener con esto una santa y divina recreacion; y por lo »demás, se dedicarán á toda suerte de buenos ejercicios, »particularmente al de la santa y cordial oracion. Espero »que esto dará buen resultado, y debe hacerse ya que no »se puede hacer mas por ahora.»

El santo Obispo se ocupó en seguida en escoger el personal que debia servir de fundamento á la nueva comunidad (1). Ya tenia á la Señora de Chantal, esa alma de *excelente virtud y piedad*, como él la llamaba, y la Señorita de Brechard, digna compañera de tan santa fundadora. Les unió á la Señorita de Favre, hija mayor del ilustre presidente de este nombre, su amigo, la cual reunia en su persona todas las gracias del alma, afabilidad y dulzura de maneras, los encantos de una buena conversacion y el atractivo de su rostro. Habia sido recibida con aceptacion en el mundo, y la gracia con que bailó una vez en Chambéry, le habia merecido entre otras muchas los mas vivos aplausos. Pero habiendo entrado en cuentas con su conciencia. «¡pobre Favre! se dijo, ¡qué te resultará de »estas figuras que haces con tanto esmero! ¡Dirán de ti: »esta Señorita ha danzado bien; y á eso se reducirá todo: »triste recompensa!» Comprendiendo con esta reflexion la vanidad del mundo y los amargos remordimientos que se preparaba para la hora de la muerte, habia resuelto abandonarlo, y se habia colocado bajo la direccion del santo Obispo, cuando Luis de Sales, pensando en volverse á casar, fué á pedir su mano al presidente Favre. Este, acogiendo gustoso la proposicion, se apresuró á participárselo á su hija, mas la Señorita Favre, lejos de corresponderle, rogó al punto á Francisco la librase de una solici-tacion que la afligia, y la ayudara á permanecer firme en su piadosa resolucion. Costó al Obispo de Ginebra algun

(1) Carta CCIII.

trabajo el decidir al presidente á que sacrificase una alianza que le halagaba; pero con su hermano le fué mas fácil. Un dia que estaba en la mesa con él, «¡no sabes, hermano mio, le dijo sonriendo, que tienes un formidable rival, á quien tendrás que ceder tu dama!—¿Cómo un rival? contestó Luis. ¿Quién se atreve á disputármela?—Es un rival, contestó Francisco, ante el cual á pesar de tu valor temblarás; es Jesucristo, tu soberano dueño, al que la Señorita Favre ha escogido unicamente por su esposo; y así no pienses mas en ella.—No permita Dios, contestó el fervoroso cristiano, que me oponga á la vocacion de la Señorita Favre y á la voluntad de Dios!» Y habiendo visto luego á la Señorita. «Si me dejáseis por otro hombre, la dijo, estaria inconsolable; pero por Dios renuncio á todas mis pretensiones, y os cedo al celestial esposo del que soy indigno siervo, no mereciendo ser su rival.» Libre ya de toda pretension, la Señorita Favre no pensó mas que en ser la segunda compañera de la Señora de Chantal.

El santo fundador quiso unirles otra tercera, y era la señorita Amadea de Blonay, á la que habia conocido y formado en la piedad desde su mas tierna infancia durante su mision del Chablais. Escribió al Señor de Blonay, á quien daba el dulce nombre de hermano, para rogarle llevara á Annecy á su hija despues de Pascua, época en la cual esperaba dar principio á su pequeña congregacion. «Sed generoso, dice al padre (1), y decid vos mismo á esa querida hija, que es preciso que olvide á su pueblo y la casa de su padre, porque se ha de acordar siempre delante de Dios, que es nuestro padre comun, de que es singularmente á ella á quien se dirijen las palabras del Esposo sagrado: *Levántate, date prisa, amada mia*; y de que Amada es su nombre.» El Señor de Blonay, que habia abrazado el estado eclesiástico desde la muerte de su mujer, consintió gustoso en la partida de su hija, pero, por

(1). Carta CCIII.

una reunion de circunstancias desfavorables, no pudo esto ejecutarse sino diez y ocho meses despues.

Habia otras dos almas santas, la hermana Fichet y la hermana Chastel, que estaban prontas á acudir y venir á la primera señal del piadoso fundador. Pero otra mas, aunque de condicion oscura, no le interesaba menos, y era Ana Jacobina Costa, aquella virtuosa criada que habia encontrado en la fonda del Escudo de Francia en Ginebra, cuando iba á conferenciar con Beza. Movidó por las bellas disposiciones de esta alma escogida la habia traído á Annecy, y la dirigia en la práctica de las mas eminentes virtudes, admirando su piedad tranquila en medio del bullicio de una fonda donde la habia colocado; su recogimiento interior entre la disipacion que la rodeaba; su dulzura inalterable en medio de las contradicciones; y por último su fidelidad en hacer todo por el puro amor de Dios, á quien honraba como á principio y fin de todas sus acciones. Por esto la calificaba con el nombre de *santa*, encomendándose á sus oraciones, y recibiendo con sencillez las observaciones que ella le hacia con candor. Un dia en que le manifestaba el deseo de ser hermana converso en el monasterio de religiosas que debia fundar, «¿y quién os ha dicho, le contestó, que yo debo fundar un monasterio de religiosas?—Nadie, pero siento continuamente este movimiento en mi corazon, y os lo digo.» El santo fundador, sin embargo, no habia comunicado su secreto á nadie; y dedujo de esto que Dios se lo habia revelado á su sierva; en su consecuencia se lo confesó con toda sencillez, y desde este tiempo no cesó de prepararse mas particularmente al retiro, preguntando á menudo á su santo director, no por curiosidad, sino por un deseo ardiente de servir mejor á Dios en un monasterio: «¿Cuándo vendrá la Señora?» Así era como designaba á la Señora de Chantal.

Estando así preparadas las constituciones provisionales y el personal de la nueva comunidad, no faltaba mas que la casa. Un gran señor habia hecho edificar con este

designio una pequeña casa, capaz de albergar á doce personas, con un oratorio, con la condicion de establecer allí un monasterio regular (1); pero habiéndose opuesto algunas dificultades á este proyecto, una señora piadosa, deseosa de unirse á la pequeña comunidad naciente, compró una casa llamada la *Galeria*, en el barrio de la *Perriere*, en Annecy, y la puso á disposicion del Obispo, de suerte que en el tiempo señalado todo estaba pronto, y no esperándose para empezar mas que la llegada de la Señora de Chantal. Esta no faltó. Tenia que procurar el recobro de una suma considerable debida á su difunto esposo: antes que retardar su partida para seguir este pleito, pagó la suma de sus propios fondos, y se apresuró el dia convenido á despedirse del anciano Baron de Chantal, su suegro, así como de las demás personas que conocia en Montheilon. Esto fué para todos un motivo de afliccion indecible: el Baron, á cuyos piés se arrojó para pedirle con su bendicion perdon por todo lo que hubiera podido desagradarle, la abrazó con abundantes lágrimas, y la deseo toda la felicidad que merecia; sus arrendatarios, sus vecinos, los habitantes del castillo, los pobres sobre todo, que habian tenido en ella un recurso siempre seguro, un apoyo, una madre, estaban inconsolables, decian que perdian todo perdiendo á ella, y los sollozos ahogaban su voz. Pero ella, fuerte y animosa en medio de las lágrimas de todos los asistentes, les dió su último adios. «Adios para siempre, mis buenos súbditos, adios, mis buenos pobres, siempre sereis mis hijos; temed á Dios y rogad por mí. Adios, mis buenos criados, adios, mi amado padre, adios todos;» y diciendo estas palabras abrazó á los que estaban á su lado y partió para Autun (2).

Desde allí, despues de haber visitado los lugares tan amados de su fe en esta antigua ciudad, regada con la sangre de tantos mártires, despues de haber llevado sus

(1) Carta CXCH.

(2) Memoria de la Madre de Chaugy, p. 110.

limosnas á los hospitales y servido á los pobres, se dirigió á Dijon, donde estaba toda su familia. Pensando en el sacrificio que iba hacer de todo lo que mas amaba en el mundo, sintió que la naturaleza se rebelaba y su alma fué herida de dolor; porque la gracia no ahoga á la naturaleza, sino que se contenta con regularla, y la santa viuda habia puesto su virtud no en extinguir en ella la sensibilidad, sino en vencerla para seguir la voz de Dios. Era hija y era madre: como hija, sentia hácia un padre que la habia amado siempre tiernamente, todo lo que puede inspirar la piedad filial; como madre, amaba á sus hijos con un amor indecible, pues los habia educado á su vista, formándolos por sí misma en la virtud, y ellos habian correspondido perfectamente á sus cuidados. Para obtener el valor de separarse de personas tan queridas, se previno con el pan de los fuertes, fué en peregrinacion á Nuestra Señora de l'Étang y á Fontaine, y visitó varias iglesias de la ciudad y de los alrededores, pidiendo en todas partes á Dios la energía sobrenatural que necesitaba en una crisis tan violenta. Llegado el dia de la partida, todos sus parientes se reunieron en casa del presidente, su padre, para despedirla. No hubo una que no llorara; mas afligido que todos el jóven Baron, su hijo, de edad de quince años, se entregaba al dolor á la entrada del gabinete, donde el Señor de Fremiot, igualmente inconsolable, lloraba la pérdida próxima de su querida hija, y no bien hubo apercibido á la Baronesa que iba á despedirse de su padre, se arroja á su cuello llorando, y teniéndola abrazada le ruega, en nombre de todo lo que hay de mas sagrado, que no le abandone. El corazon de esta tierna madre se deshacia de pena, y se vieron sus ojos bañados de lágrimas. Sin embargo, superior por la gracia á la naturaleza que estaba pronta á desfallecer, le consuela con buenas palabras, le acaricia, enjuga su llanto, le hace ver que cuando Dios habla es preciso obedecer; y luego, haciendo un esfuerzo para desprenderse de él, se dirige al gabinete de su padre. El jóven se precipita delante de ella, y se coloca en el dintel